



Magíster en Hábitat Residencial.

Documento de Apoyo Docente.
*Espacio social y poder simbólico*¹

Autor: Pierre Bourdieu

Curso Electivo
Asignatura: Metodología de la investigación.

¹ En: Bourdieu, Pierre. *Cosas dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988. pp. 127-142.
Reproducción parcial con fines estrictamente docentes.

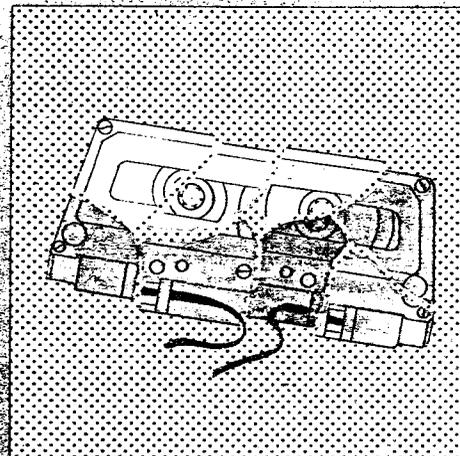
...S DICHAS

por Pierre Bourdieu

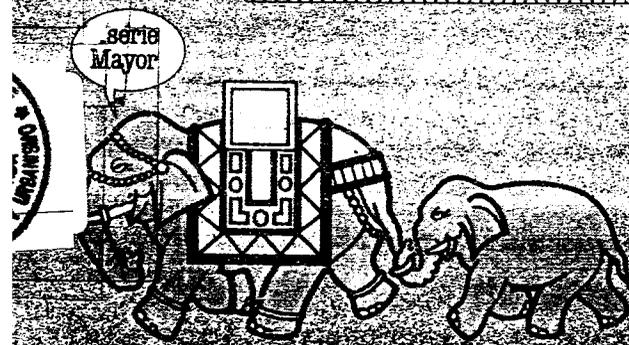
A través de muy largas entrevistas con investigadores franceses y sobre todo extranjeros, y de confrontaciones científicas con grupos de especialistas, etnólogos, economistas y sociólogos — del arte, de la religión, de la literatura, etc. —, Pierre Bourdieu, cuya obra fue objeto, en los últimos años, de numerosas interpelaciones, explica su posición.

La vivacidad del discurso improvisado permite ver en la obra un modo de pensamiento que, como bien lo muestran ciertas intervencio-

*El autor explica los presupuestos filosóficos de su búsqueda
Evoca la lógica concreta de sus investigaciones
Refuta las objeciones que se le opusieron con más frecuencia
Aclara ciertos aspectos mal comprendidos de su trabajo*



nes, puede también ser un instrumento liberador de socialización. Al aplicarlo a sí mismo el método de análisis de obras culturales defiende lo que dae a evocar el espacio de los posteoricos tal como presentaba en diferentes momentos de su itinerario intelectual. Pierre Bourdieu ofrece medios de logro conocimiento a vez objetivo y comprensivo de su trabajo. Y al mismo tiempo, todo el debate entre las ciencias hombre y la filosofía se encuentra colado en su verdadero terreno, el de la confrontación rigurosa y leal, escapando de las oscuras mutaciones de la nuncia disimulada a los falsos brillos de la polémica pública.



Espacio social y poder simbólico¹¹

Quisiera, en los límites de una *conferencia*, intentar presentar los principios teóricos que están en el fundamento de la investigación cuyos resultados se presentan en *La distinction*, y extraer algunas de las consecuencias teóricas que tienen más posibilidades de escapar al lector, sobre todo aquí, en razón de los ligeros desfasajes entre las tradiciones culturales. Si tuviese que caracterizar mi trabajo en dos palabras, es decir, como se hace mucho hoy, aplicarle una etiqueta, hablaría de *constructivist structuralism* o de *structuralist constructivism*, tomando la palabra estructuralismo en un sentido muy diferente de aquel que le da la tradición saussuriana o lévi-straussiana. Por estructuralismo o estructuralista, quiero decir que existen en el mundo social mismo, y no solamente en los sistemas simbólicos, lenguaje, mito, etc., estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o sus representaciones. Por constructivismo, quiero decir que hay una génesis social de una parte de los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción que son constitutivos de lo que llamo habitus, y por otra parte estructuras, y en particular de lo que llamo campos y grupos, especialmente de lo que se llama generalmente las clases sociales.

Pienso que esta explicación se impone particularmente aquí: en efecto, el azar de las traducciones hace que, por ejemplo, se conozca *La reproduction*, lo que llevará, como ciertos comentaristas no dudaron en hacerlo, a clasificarme entre los estructuralistas, mientras que se ignoran trabajos muy anteriores (anteriores a la aparición de los trabajos típicamente “constructivistas” sobre los mismos temas) que me valdrían sin duda ser percibido “constructivista”; así, en un libro titulado *Rapport pédagogique e communication*, hemos mostrado cómo se construye una relación social de comprensión en y por el malentendido, o a pesar del malentendido; cómo maestros y estudiantes se ponen de acuerdo, por una suerte de transacción tácita y tácitamente orien-

¹¹ Texto francés de la conferencia pronunciada en la Universidad de San Diego en marzo de 1986.

tado por la preocupación de minimizar los costos y los riesgos, para aceptar una definición mínima de la situación de comunicación. Asimismo, en otro estudio, titulado "Las categorías del entendimiento profesoral", tratamos de analizar la génesis y el funcionamiento de las categorías de percepción y de apreciación a través de las cuales los profesores construyen la imagen de sus alumnos, de su desempeño, de su valor, y producen, por prácticas de cooptación orientadas por las mismas categorías, el grupo mismo de sus colegas y el cuerpo de profesores. Después de este paréntesis, vuelvo a mi discurso.

De modo muy general, la ciencia social, en antropología como en sociología o en historia, oscila entre dos puntos de vista aparentemente incompatibles, dos perspectivas aparentemente inconciliables: el objetivismo y el subjetivismo, o, si se prefiere, el fisicalismo y el psicologismo (que puede tomar diversos matices, fenomenológico, semiológico, etcétera). Por un lado, puede "tratar los hechos sociales como cosas"; según la vieja máxima durkheimiana, y dejar así de lado todo lo que deben al hecho de que son objetos de conocimiento —o de desconocimiento— en la existencia social. Por otro lado, puede reducir el mundo social a las representaciones que de él se hacen los agentes, consistiendo entonces la tarea de la ciencia social en producir un "informe de los informes" (*account of the accounts*) producidos por los sujetos sociales.

Es raro que esas dos posiciones se expresen y sobre todo se realicen en la práctica científica de manera tan radical y tan contrastada. Se sabe que Durkheim es sin duda, con Marx, quien expresó de la manera más consecuente la posición objetivista: "Creemos fecunda, decía, esta idea de que la vida social debe explicarse no por la concepción de aquellos que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia". Pero no ignoraba, como buen kantiano, que no se puede captar esta realidad sino poniendo en práctica instrumentos lógicos. Siendo así, el fisicalismo objetivista se asocia a menudo a la inclinación positivista a concebir las clasificaciones como recortes "operatorios" o como un registro mecánico de cortes o de discontinuidades "objetivas" (por ejemplo en las distribuciones). Sin duda en Schutz y en los etnometodólogos se encontrarán las expresiones más puras de la visión subjetivista. Así Schutz toma exactamente lo contrario de Durkheim: "El campo de observación del *social scientist*, la realidad social, tiene un sentido y una estructura de pertinencia específica para los seres humanos que viven, actúan y piensan en ella. Por una serie de construcciones de sentido común, preseleccionaron y preinterpretaron ese mundo que aprehenden como la realidad de su vida cotidiana. Son esos objetos de pensamiento los que determinan su comportamiento motivándolo. Los objetos de pensamiento contruidos por el *social scientist* a fin de captar esta realidad social deben fundarse en los objetos de pensamiento contruidos por el pen-

samiento de sentido común de los hombres que viven su vida cotidiana en su mundo social. Así, las construcciones de las ciencias sociales son, por así decir, construcciones de segundo grado, es decir, construcciones de construcciones hechas por los actores sobre la escena social"¹². La oposición es total: en un caso, el conocimiento científico no se obtiene sino por una ruptura con las representaciones primeras —llamadas "prenociones" en Durkheim e "ideología" en Marx— que conduce a las causas inconscientes. En el otro caso, está en continuidad con el conocimiento de sentido común, puesto que no es sino una "construcción de construcciones".

Si he recordado un poco pesadamente esta oposición, uno de los más funestos de esos "pares de conceptos" (*paired concepts*) que, como lo mostraron Richard Bendix y Bennett Berger, proliferan en ciencias sociales, es porque la intención más constante, y, en mi opinión, más importante de mi trabajo ha sido la de superarla. A riesgo de parecer muy oscuro, podría dar en una frase un resumen de todo el análisis que propongo hoy: por un lado, las estructuras objetivas que construye el sociólogo en el momento objetivista, al apartar las representaciones subjetivas de los agentes, son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones; pero, por otro lado, esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras. Esto significa que los dos momentos, objetivista y subjetivista, están en una relación dialéctica y que, aun si, por ejemplo, el momento subjetivista parece muy próximo, cuando se lo toma separadamente, de los análisis interaccionistas o etnometodológicos, está separado de ellos por una diferencia radical: los puntos de vista son aprehendidos en tanto tales y relacionados con las posiciones en la estructura de los agentes correspondientes.

Para superar verdaderamente la oposición artificial que se establece entre las estructuras y las representaciones, es necesario también romper con el modo de pensamiento que Cassirer llama sustancialista y que lleva a no reconocer ninguna otra realidad que aquellas que se ofrecen a la intuición directa en la experiencia ordinaria, los individuos y los grupos. El aporte principal de lo que bien puede llamarse la revolución estructuralista ha consistido en aplicar al mundo social un modo de pensamiento relacional, que es el de la matemática y la física modernas y que identifica lo real no con sustancias sino con relaciones. La "realidad social" de la que hablaba Durkheim es un conjunto de relaciones invisibles, las mismas que constituyen un espacio de posiciones exteriores las unas a las otras, definidas las unas

¹² A. Schütz, *Collected Papers, I, The Problem of Social Reality*, la Haya, Martinus Nijoff, s.f., pág. 59.

por relación a las otras, por la proximidad, la vecindad, o por la distancia, y también por la posición relativa, por arriba o por abajo, o también, entre, en medio. La sociología, en su momento objetivista, es una topología social, un *analysis situs*, como se llama esta nueva forma de las matemáticas en tiempos de Leibniz, un análisis de las posiciones relativas y de las relaciones objetivas entre esas posiciones.

Ese modo de pensamiento relacional está en el punto de partida de la construcción presentada en *La distinction*. Pero hay muchas posibilidades de que el espacio, es decir las relaciones, escapen al lector, a pesar del recurso a los diagramas (y al análisis factorial): por una parte, porque el modo de pensamiento sustancialista es más fácil, más “natural”; seguidamente porque, como sucede a menudo, los medios que se está obligado a emplear para construir el espacio social y para manifestarlo corren el riesgo de esconder los resultados que permiten esperar. Los grupos que es necesario construir para objetivar las posiciones que ocupan esconden esas posiciones y se lee por ejemplo el capítulo de *La distinction* consagrado a los sectores de la clase dominante como una descripción de los diferentes estilos de vida de estos sectores, en lugar de ver allí las posiciones en el espacio de las posiciones de poder: lo que llamo el campo de poder. (Paréntesis: los cambios de vocabulario son, como se ve, a la vez la condición y el producto de la ruptura con la representación ordinaria, asociada a la idea de *ruling class*).

Se puede, en este punto de la exposición, comparar el espacio social con un espacio geográfico en el interior del cual se recortan las regiones. Pero este espacio está construido de tal manera que los agentes, los grupos o las instituciones que en él se encuentran colocados tienen tantas más propiedades en común cuanto más próximos estén en este espacio; tantas menos cuanto más alejados. Las distancias espaciales —sobre el papel— coinciden con las distancias sociales. No sucede lo mismo en el espacio real. Por más que se observe casi por todas partes una tendencia a la segregación en el espacio, las personas próximas en el espacio social tienden a encontrarse próximas —por elección o por fuerza— en el espacio geográfico, las personas muy alejadas en el espacio social pueden encontrarse, entrar en interacción, por lo menos en forma breve e intermitente, en el espacio físico. Las interacciones, que procuran una satisfacción inmediata a las disposiciones empiristas —se puede observarlas, filmarlas, registrarlas, en una palabra tocarlas con el dedo—, esconden las estructuras que en ellas se realizan. Es uno de los casos donde lo visible, lo que es inmediatamente dado, esconde lo invisible que lo determina. Se olvida así que la verdad de la interacción no está nunca toda entera en la interacción tal como ella se ofrece a la observación. Un ejemplo bastará para hacer ver la diferencia entre la estructura y la interacción, y, al mismo tiempo, entre la visión estructuralista, que defiende como

un momento necesario de la investigación, y la visión llamada interaccionista bajo todas sus formas (en particular la etnometodología). Pienso en lo que llamo las estrategias de condescendencia, por las cuales los agentes que ocupan una posición superior en una de las jerarquías del espacio objetivo niegan simbólicamente la distancia social que no deja por eso de existir, asegurándose así las ventajas del reconocimiento acordado en una denegación puramente simbólica de la distancia (“es simple”, “no es orgulloso”, etc.) que implica el reconocimiento de la distancia (las frases que he citado implican siempre un sobreentendido: “es simple, para ser un duque”, “no es orgulloso, para ser un profesor universitario”). En suma, es posible servirse de las distancias objetivas de manera de tener las ventajas de la proximidad y las ventajas de la distancia, es decir la distancia y el reconocimiento de la distancia que asegura la denegación simbólica de la distancia.

¿Cómo pueden captarse concretamente esas relaciones objetivas, irreductibles a las interacciones en las cuales se manifiestan? Esas relaciones objetivas son las relaciones entre las posiciones ocupadas en las distribuciones de recursos que son ocupadas o pueden volverse actuantes, eficientes, como los triunfos en un juego, en la competencia por la apropiación de bienes raros cuyo lugar está en este universo social. Esos poderes sociales fundamentales son, según mis investigaciones empíricas, el capital económico, bajo sus diferentes formas, y el capital cultural, y también el capital simbólico, forma que revisten las diferentes especies de capital cuando son percibidas y reconocidas como legítimas. Así los agentes son distribuidos en el espacio social global, en la primera dimensión según el volumen global del capital que poseen bajo diferentes especies, y, en la segunda dimensión, según la estructura de su capital, es decir según el peso relativo de las diferentes especies de capital, económico y cultural, en el volumen total de su capital.

El malentendido en la lectura de los análisis que propongo, especialmente en *La distinction*, resultan, pues, del hecho de que las clases en el papel corren el riesgo de ser aprehendidas como grupos reales. Esta lectura realista es objetivamente alentada por el hecho de que el espacio social está construido en forma tal que los agentes que ocupan en él posiciones semejantes o vecinas son situados en condiciones y sometidos a condicionamientos semejantes, y tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, de producir por lo tanto prácticas también semejantes. Las disposiciones adquiridas en la posición ocupada implican una adaptación a esta posición, lo que Goffman llamaba el *sense of one's place*. Este *sense of one's place* es el que, en las interacciones, conduce a las personas que en francés se llaman “les gens modestes” a mantenerse en su lugar “modestamente” y a las otras a “guardar las distancias” o a “mantener su rango”, a “no

familiarizarse". Estas estrategias, hay que decirlo al pasar, pueden ser perfectamente inconscientes y tomar la forma de eso que se llama timidez o arrogancia. En realidad, las distancias sociales están inscritas en los cuerpos, o, con más exactitud, en la relación con el cuerpo, el lenguaje y el tiempo (otros tantos aspectos estructurales de la práctica que la visión subjetivista ignora).

Si se agrega que este *sense of one's place*, y las afinidades de habitus vividas como simpatía o antipatía, están en el principio de todas las formas de cooptación, amistades, amores, casamientos, asociaciones, etc., por lo tanto de todas las uniones durables y a veces jurídicamente sancionadas, se ve que todo lleva a pensar que las clases en el papel son grupos reales, tanto más cuanto el espacio está mejor construido y las unidades recortadas en este espacio son más pequeñas. Si se quiere fundar un partido político o aun una asociación, habrá más posibilidades de reagrupar a las personas que están en el mismo sector del espacio (por ejemplo al noroeste del diagrama, del lado de los intelectuales) que si se quiere juntar a personas situadas en regiones situadas en las cuatro esquinas del diagrama.

Pero, así como el subjetivismo inclina a reducir las estructuras a las interacciones, el objetivismo tiende a deducir las acciones y las interacciones de la estructura. Así, el error principal, el error teorístico que se encuentra en Marx, constituiría en tratar las clases en el papel como clases reales, en concluir de la homogeneidad objetiva de las condiciones, de los condicionamientos, que resulta de la identidad de posición en el espacio social, la existencia en tanto que grupo unificado, en tanto clase, la noción de espacio social permite escapar a la alternativa del nominalismo y del realismo en materia de clases sociales: el trabajo político destinado a producir clases sociales en tanto que *corporate bodies*, grupos permanentes, dotados de órganos permanentes de representación, de siglas, etc., tiene tantas posibilidades de lograrse, cuanto más próximos en el espacio social están los agentes que quiere juntar, unificar, constituir en grupo. Las clases en el sentido de Marx están para hacer por un trabajo político que tiene tantas más posibilidades de tener éxito si se arma de una teoría bien fundada en la realidad, por lo tanto capaz de ejercer un efecto de *teoría* —*theorein*, en griego, quiere decir ver—, es decir de imponer una visión de las divisiones.

Con el efecto de teoría, se ha salido del puro fiscalismo, pero sin abandonar las adquisiciones de la clase objetivista: los grupos, —las clases sociales, por ejemplo— están *por hacer*. No están dados en la "realidad social". Hay que tomar al pie de la letra el título del libro famoso de E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*: la clase obrera tal como puede aparecernos hoy, a través de las palabras para designarla, "clase obrera", "proletariado", "trabajadores", "movimiento obrero", etc., a través de las organizaciones que se presume que

la expresan, las siglas, las oficinas, las secretarías, las banderas, etc., es un artefacto histórico bien fundado (en el sentido en que Durkheim decía de la religión que es una ilusión bien fundada). Pero eso no quiere decir que se pueda construir cualquier cosa, de cualquier manera, ni en la teoría ni en la práctica.

Se ha pasado pues de la física social a la fenomenología social. La "realidad social" de la cual hablan los objetivistas es también un objeto de percepción. Y la ciencia social debe tomar por objeto esta realidad y a la vez la percepción de esta realidad, las perspectivas, los puntos de vista que, en función de su posición en el espacio social objetivo, los agentes tienen sobre esta realidad. Las visiones espontáneas del mundo social, las *folk theories* de las que hablan los etnometodólogos, o lo que llamo la sociología espontánea, pero también las teorías eruditas, y la sociología, forman parte de la realidad social y, como la teoría marxista por ejemplo, pueden adquirir un poder de construcción completamente real.

La ruptura objetivista con las prenociones, las ideologías, la sociología espontánea, las *folk theories*, es un momento inevitable, necesario, de la trayectoria científica —no se puede hacer la economía, como interaccionismo, la etnometodología y todas las formas de psicología social que se atienen a una visión fenoménica del mundo social, sin exponerse a graves errores. Pero es necesario operar una segunda ruptura, más difícil, con el objetivismo, reintroduciendo en un segundo tiempo, lo que fue necesario descartar para construir la realidad objetiva.

La sociología debe incluir una sociología de la percepción del mundo social, es decir una sociología de la construcción de las visiones del mundo que contribuyen también a la construcción de ese mundo. Pero, dado que hemos construido el espacio social, sabemos que estos puntos de vista, la palabra misma lo dice, son vistas tomadas a partir de un punto, es decir de una posición determinada en el espacio social. Y también que habrá puntos de vista diferentes o aun antagonicos, puesto que los puntos de vista dependen del punto del cual son tomados, puesto que la visión que cada agente tiene del espacio depende de su posición en ese espacio.

Haciendo esto, repudiamos al sujeto universal, al ego-trascendental de la fenomenología que los etnometodólogos retoman por su propia cuenta. Sin duda los agentes tienen una captación activa del mundo. Sin duda construyen su visión del mundo. Pero esta construcción se opera bajo coacciones estructurales. Y se puede aun explicar en términos sociológicos lo que aparece como una propiedad universal de la experiencia humana, a saber el hecho de que el mundo familiar tiende a ser *taken for granted*, percibido como evidente. Si el mundo social

tiende a ser percibido como evidente y a ser captado, para emplear los términos de Husserl, según una modalidad dóxica, es porque las disposiciones de los agentes, sus habitus, es decir las estructuras mentales a través de las cuales aprehenden el mundo social, son en lo esencial el producto de la interiorización de las estructuras del mundo social. Como las disposiciones perceptivas tienden a ser ajustadas a la posición, los agentes, aun los más desventajados, tienden a percibir el mundo como evidente y a aceptarlo mucho más ampliamente de lo que podría imaginarse, especialmente cuando se mira con el ojo social de un dominante la situación de los dominados.

Por lo tanto, la búsqueda de formas invariables de percepción o de construcción de la realidad social enmascara diferentes cosas: primeramente, que esta construcción no se opera en un vacío social, sino que está sometida a coacciones estructurales; en segundo lugar, que las estructuras estructurantes, las estructuras cognitivas, son ellas mismas socialmente estructuradas, porque tienen una génesis social; en tercer lugar, que la construcción de la realidad social no es solamente una empresa individual, sino que puede también volverse una empresa colectiva. Pero la visión llamada microsociológica olvida muchas otras cosas: como ocurre cuando se quiere mirar de muy cerca, el árbol esconde el bosque; y, sobre todo, por no haber construido el espacio, no se tiene ninguna posibilidad de ver desde dónde se ve lo que se ve.

Por lo tanto las representaciones de los agentes varían según su posición (y los intereses asociados) y según su habitus, como sistema de esquemas de percepción y de apreciación, como estructuras cognitivas y evaluativas que adquieren a través de la experiencia duradera de una posición en el mundo social. El habitus es a la vez un sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y de apreciación de las prácticas. Y, en los dos casos, sus operaciones expresan la posición social en la cual se ha construido. En consecuencia, el habitus produce prácticas y representaciones que están disponibles para la clasificación, que están objetivamente diferenciadas; pero no son inmediatamente percibidas como tales más que por los agentes que poseen el código, los esquemas clasificatorios necesarios para comprender su sentido social. Así, el habitus implica un *sense of one's place* pero también un *sense of other's place*. Por ejemplo, decimos que una vestimenta, un mueble o un libro: "huele a pequeño burgués" o "huele a intelectual". ¿Cuáles son las condiciones sociales de posibilidad de tal juicio? Primeramente, eso supone que el gusto (o habitus) en tanto sistema de esquemas de clasificación, es objetivamente referido, a través de los condicionamientos sociales que lo han producido, a una condición social: los agentes se clasifican ellos mismos, se exponen ellos mismos a la clasificación, al elegir, conforme a sus gustos, diferentes atributos, vestimenta, alimentos, bebidas,

deportes, amigos, que quedan bien juntos y que les quedan bien, o más exactamente, que convienen a su posición. Con más exactitud: al elegir, en el espacio de los bienes y de los servicios disponibles, los bienes que ocupan una posición homóloga en este espacio a la posición que ocupan en el espacio social. Lo que hace que nada clasifique más a alguien que sus clasificaciones.

En segundo lugar, un juicio clasificatorio tal como "huele a pequeño burgués" supone que, en tanto que agentes socializados, somos capaces de ver la relación entre las prácticas o las representaciones y las posiciones en el espacio social (como cuando adivinamos la posición social de una persona según su acento). Así, a través del habitus, tenemos un mundo de sentido común, un mundo social que parece evidente.

Me he colocado hasta aquí del lado de los sujetos que perciben y mencioné el factor principal de las variaciones de las percepciones, es decir la posición en el espacio social. Pero ¿qué pasa con las variaciones cuyo principio se sitúa del lado del objeto, de lado de este espacio mismo? Es cierto que la correspondencia que se establece, por intermedio de los habitus, de las disposiciones, de los gustos, entre las posiciones y las prácticas, las preferencias manifestadas, las opiniones expresadas, etc., hace que el mundo social no se presente como un puro caos, totalmente desprovisto de necesidad y susceptible de ser construido de cualquier manera. Pero este mundo ya no se presenta como totalmente estructurado y capaz de imponer a todo sujeto que percibe los principios de su propia construcción. El mundo social puede ser dicho y construido de diferentes modos según diferentes principios de visión y de división: por ejemplo las divisiones económicas y las divisiones étnicas. Si es cierto que, en las sociedades más avanzadas desde el punto de vista económico, los factores económicos y culturales tienen el poder de diferenciación más grande, resulta que la fuerza de las diferencias económicas y sociales no es nunca tal que no se pueda organizar a los agentes según otros principios de división: étnicas, religiosos o nacionales, por ejemplo.

A pesar de esta pluralidad potencial de estructuraciones posibles —lo que Weber llamaba la *Vielseitigkeit* del dato— resulta que el mundo social se presenta como una realidad fuertemente estructurada. Eso, por el efecto de un mecanismo simple, que quiero indicar rápidamente. El espacio social tal como lo he descrito más arriba se presenta bajo la forma de agentes provistos de propiedades diferentes y sistemáticamente ligadas entre sí: los que beben champagne se oponen a los que beben whisky, pero se oponen también, de modo diferente, a aquellos que beben vino tinto; pero los que beben champagne tienen más posibilidades que los que beben whisky, e infinitamente más que los que beben vino tinto, de tener muebles antiguos, de practicar golf, equitación, de frecuentar el teatro de boulevard, etc. Estas propie-

dades, cuando son percibidas por agentes dotados de las categorías de percepción pertinentes —capaces de ver que jugar al golf “huele” a gran burgués tradicional— funcionan, en la realidad misma de la vida social, como signos: las diferencias funcionan como signos distintivos, y como signos de distinción, positiva o negativa, y eso fuera mismo de toda intención de distinción, toda búsqueda de la *conspicuous consumption* (esto para decir al pasar que mis análisis no tienen nada que ver con Veblen: puesto que la distinción, desde el punto de vista de los criterios indígenas, excluye la búsqueda de la distinción). Dicho de otra manera, a través de la distribución de las propiedades, el mundo social se presenta, objetivamente, como un sistema simbólico que está organizado según la lógica de la diferencia, de la distancia diferencial.

• El espacio social tiende a funcionar como un espacio simbólico, un espacio de estilos de vida y de grupos de estatus, caracterizados por diferentes estilos de vida.

Así, la percepción del mundo social es el producto de una doble estructuración: por el lado objetivo, está socialmente estructurada porque las propiedades atribuidas a los agentes o a las instituciones se presentan en combinaciones que tienen probabilidades muy desiguales: así como los animales con plumas tienen más posibilidades de tener alas que los animales con piel, de la misma manera los poseedores de un dominio refinado de la lengua tienen más posibilidades de ser vistos en el museo que aquellos que están desprovistos de él. Por el lado subjetivo, está estructurada porque los esquemas de percepción y de apreciación, especialmente los que están inscritos en el lenguaje, expresan el estado de las relaciones de poder simbólico: pienso por ejemplo en las parejas de adjetivos: pesado/ligero, brillante/apagado, etc., que estructuran el juicio de gusto en los dominios más diversos. Esos dos mecanismos compiten en producir un mundo común, un mundo de sentido común, o, por lo menos, un consenso mínimo sobre el mundo social.

Pero los objetos del mundo social, como lo indiqué, pueden ser percibidos y expresados de diversas maneras, porque siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica: en efecto, aun las combinaciones de propiedades más constantes están siempre fundadas sobre conexiones estadísticas entre rasgos intercambiables; y, además, están sometidas a variaciones en el tiempo de suerte que su sentido, en la medida en que depende del futuro, está también a la espera y relativamente indeterminado. Este elemento objetivo de incertidumbre —que es a menudo reforzado por el efecto de categorización, pudiendo la misma palabra cubrir prácticas diferentes— provee una base a la pluralidad de visiones del mundo, ella misma ligada a la pluralidad de puntos de vista; y, al mismo tiempo, una base para las luchas simbólicas por el poder de producir y de imponer la visión del

mundo legítima. (En las posiciones medias del espacio social, especialmente en los Estados Unidos, la indeterminación y la incertidumbre objetiva de las relaciones entre las prácticas y las posiciones es máxima; y también, en consecuencia, la intensidad de las estrategias simbólicas. Se comprende que sea este universo el que provee el terreno privilegiado de los interaccionistas y en particular de Goffman).

Las luchas simbólicas a propósito de la percepción del mundo social pueden tomar dos formas diferentes. En el aspecto objetivo, se puede actuar por acciones de representaciones, individuales o colectivas, destinadas a hacer ver y hacer valer ciertas realidades: pienso por ejemplo en las manifestaciones que tienen por objetivo manifestar a un grupo, su número, su fuerza, su cohesión, hacerlo existir visiblemente; y al nivel individual, en todas las estrategias de presentación de sí, tan bien analizadas por Goffman, y destinadas a manipular la imagen de sí y sobre todo —esto, Goffman lo olvidaba— de su posición en el espacio social. Por el lado subjetivo, se puede actuar tratando de cambiar las categorías de percepción y de apreciación del mundo social, las estructuras cognitivas y evaluativas: las categorías de percepción, los sistemas de clasificación, es decir, en lo esencial, las palabras, los nombres que construyen la realidad social tanto como la expresan, son la apuesta por excelencia de la lucha política, lucha por la imposición del principio de visión y de división legítimo, es decir por el ejercicio legítimo del efecto de teoría. Mostré, en el caso de Kabalia, que los grupos, familias, clanes o tribus, y los nombres que los designan, son los instrumentos y las apuestas de innumerables estrategias y que los agentes están sin cesar ocupados en negociar a propósito de su identidad: por ejemplo, pueden manipular la genealogía, como nosotros manipulamos, y con los mismos fines, los textos de los *founding fathers de la disciplina*. Asimismo, al nivel de la lucha de clases cotidiana que los agentes sociales llevan en estado aislado y disperso, son los insultos, como tentativas mágicas de categorización (*Kathegoresthai*, de donde vienen nuestras categorías, significa en griego acusar públicamente), los chismes, los rumores, las calumnias, las insinuaciones, etc. Al nivel colectivo, más propiamente político, están todas las estrategias que tienden a imponer una nueva construcción de la realidad social rechazando el viejo léxico político o a conservar la visión ortodoxa al conservar las palabras, que son a menudo eufemismos (recuérdeme hace poco la expresión “clases modestas”), destinadas a nombrar el mundo social. Las más típicas de estas estrategias de construcción son aquellas que apuntan a reconstruir retrospectivamente un pasado ajustado a las necesidades del presente —como cuando el general Flemming al desembarcar en 1917 dijo: ¡La Fayette, henos aquí!— o a construir el futuro, por una predicción creadora destinada a delimitar el sentido, siempre abierto, del presente.

Estas luchas simbólicas, tanto las luchas individuales de la exis-

tencia cotidiana como las luchas colectivas y organizadas de la vida política, tienen una lógica específica, que les confiere una autonomía real con relación a las estructuras en las cuales se enraízan. Por el hecho de que el capital simbólico no es otra cosa que el capital económico o cultural cuando es conocido y reconocido, cuando es conocido según las categorías de percepción que impone, las relaciones de fuerza tienden a reproducir y a reforzar las relaciones de fuerza que constituyen la estructura del espacio social. Más concretamente, la legitimación del orden social no es el producto, como algunos creen, de una acción deliberadamente orientada de propaganda o de imposición simbólica; resulta del hecho de que los agentes aplican a las estructuras objetivas del mundo social estructuras de percepción y de apreciación que salen de esas estructuras objetivas y tienden por eso mismo a percibir el mundo como evidente.

Las relaciones objetivas de poder tienden a reproducirse en las relaciones de poder simbólico. En la lucha simbólica por la producción del sentido común o, más precisamente, por el monopolio de la nominación legítima, los agentes empeñan el capital simbólico que adquirieron en las luchas anteriores y que puede ser jurídicamente garantizado. Así, los títulos de nobleza, como los títulos escolares, representan verdaderos títulos de propiedad simbólica que dan derecho a ventajas de reconocimiento. Aquí todavía, es necesario separarse del subjetivismo marginalista: el orden simbólico no está constituido, a la manera de un precio de mercado, por la simple suma mecánica de los órdenes individuales. Por una parte, en la determinación de la clasificación objetiva y de la jerarquía de los valores acordados a los individuos y a los grupos, todos los juicios no tienen el mismo peso y los poseedores de un fuerte capital simbólico, los nobles, es decir, etimológicamente, aquellos que son conocidos y reconocidos, están en condiciones de imponer la escala de valor más favorable a sus productos; especialmente porque, en nuestras sociedades, tienen un casi monopolio de hecho sobre las instituciones que, como el sistema escolar, establecen y garantizan oficialmente los rangos. Por otra parte, el capital simbólico puede ser oficialmente sancionado y garantizado, e instituido jurídicamente por el efecto de la nominación oficial. La nominación oficial, es decir el acto por el cual se le otorga a alguien un título, una calificación socialmente reconocida, es una de las manifestaciones más típicas del monopolio de la violencia simbólica legítima que pertenece al Estado o a sus mandatarios. Un título como el título escolar es capital simbólico universalmente reconocido, válido en todos los mercados. En tanto que definición oficial de una identidad oficial, arranca a quien los tiene de la lucha simbólica de todos contra todos imponiendo la perspectiva universalmente aprobada.

El Estado, que produce la clasificación oficial, es en un sentido el supremo tribunal al cual Kafka se refiere en *El proceso*, cuando Block

dice al abogado que pretende ser uno de los "grandes abogados": "Naturalmente, cualquiera puede llamarse "grande" si quiere, pero, en estos asuntos, son las prácticas del tribunal las que deciden". La ciencia no tiene que elegir entre el relativismo y el absolutismo: la verdad del mundo social está en juego en las luchas entre los agentes que están desigualmente equipados para alcanzar una visión global, es decir autoverificante. La legalización del capital simbólico confiere a una perspectiva un valor absoluto, universal, arrancándola así a la relatividad que es inherente, por definición, a todo punto de vista, como visión tomada a partir de un punto particular del espacio social.

Hay un punto de vista oficial, que es el punto de vista de los funcionarios y que se expresa en el discurso oficial. Este discurso, como mostró Aaron Cicourel, cumple tres funciones: en primer lugar, opera un diagnóstico, es decir un acto de conocimiento que obtiene el reconocimiento y que, muy a menudo, tiende a afirmar lo que una persona o una cosa es y lo que es universalmente, para todo hombre posible, por lo tanto objetivamente. Es, como bien lo vio Kafka, un discurso casi divino, que asigna a cada uno una identidad. En segundo lugar, el discurso administrativo, a través de las directivas, de las órdenes, de las prescripciones, etc., dice lo que las personas tienen que hacer, siendo quienes son. En tercer lugar, dice lo que las personas han hecho realmente, como en los informes autorizados, tales como los policiales. En cada caso, impone un punto de vista, el de la institución, especialmente a través de los cuestionarios, los formularios, etc. Este punto de vista es instituido en tanto que punto de vista legítimo, es decir en tanto que punto de vista que todo el mundo debe reconocer por lo menos dentro de los límites de una sociedad determinada. El mandatario del Estado es el depositario del sentido común: las nominaciones oficiales y los certificados escolares tienden a tener un valor universal en todos los mercados. El efecto más típico de la "razón de Estado" es el efecto de codificación que actúa en operaciones tan simples como el otorgamiento de un certificado: un experto, doctor, jurista, etc., es alguien que está mandatado para producir un punto de vista que es reconocido como trascendente con relación a los puntos de vista singulares, bajo la forma de certificados de enfermedad, de inaptitud o de aptitud, un punto de vista que confiere derechos universalmente reconocidos al poseedor del certificado. El Estado aparece así como el banco central que garantiza todos los certificados. Puede decirse del Estado, en los términos que empleaba Leibniz a propósito de Dios, que es el "geómetra de todas las perspectivas". Por esto se puede generalizar la famosa fórmula de Weber y ver en el Estado el poseedor del monopolio de la violencia simbólica legítima. O, con mayor precisión, un árbitro, pero muy poderoso, en las luchas por ese monopolio.

Pero, en la lucha por la producción y la imposición de la visión legítima del mundo social, los poseedores de una autoridad burocrá-

tica no obtienen nunca un monopolio absoluto, aun cuando unen la autoridad de la ciencia, como los economistas del Estado, a la autoridad burocrática. En realidad, hay siempre, en una sociedad, conflictos entre los poderes simbólicos que tienden a imponer la visión de la divisiones legítimas, es decir a construir grupos. El poder simbólico, en ese sentido, es un poder de *worldmaking*. *Worldmaking*, la construcción del mundo, consiste, según Nelson Goodman, "en separar y en reunir, a menudo en la misma operación", en realizar una descomposición, un análisis, y una composición, una síntesis, a menudo gracias a etiquetas. Las clasificaciones sociales, como es el caso de las sociedades arcaicas, que operan sobre todo a través de oposiciones dualistas, masculino/femenino, alto/bajo, fuerte/débil, etc., organizan la percepción del mundo social y, en ciertas condiciones, pueden organizar realmente el mundo mismo.

Se puede así examinar ahora en cuáles condiciones un poder simbólico puede volverse un poder de constitución, tomando el término, con Dewey, a la vez en sentido filosófico y en sentido político: es decir un poder de conservar o de transformar los principios objetivos de unión y de separación, de casamiento y de divorcio, de asociación y de disociación que actúan en el mundo social, un poder de conservar o de transformar las clasificaciones actuales en materia de sexo, de nación, de región, de edad y de estatuto social, y eso a través de las palabras que son utilizadas para designar o describir a los individuos, los grupos o las instituciones.

Para cambiar el mundo, es necesario cambiar las maneras de hacer el mundo, es decir la visión del mundo y las operaciones prácticas por las cuales los grupos son producidos y reproducidos. El poder simbólico, cuya forma por excelencia es el poder de hacer de los grupos (grupos ya establecidos, que hay que consagrar, y grupos a establecer, como el proletario marxista), está fundado en dos condiciones. En primer término, como toda forma de discurso performativo, el poder simbólico debe estar fundado sobre la posesión de un capital simbólico. El poder de imponer a los otros espíritus una visión, antigua o nueva, de las divisiones sociales depende de la autoridad social adquirida en las luchas anteriores. El capital simbólico es un crédito, es el poder impartido a aquellos que obtuvieron suficiente reconocimiento para estar en condiciones de imponer el reconocimiento: así, el poder de constitución, poder de hacer un nuevo grupo, por la movilización, o de hacerlo existir por procuración, hablando por él, en tanto que mensajero autorizado, no puede ser obtenido sino al término de un largo proceso de institucionalización, al término del cual es instituido un mandatario que recibe del grupo el poder de hacer el grupo.

* En segundo término, la eficacia simbólica depende del grado en el que la visión propuesta está fundada en la realidad. Evidentemente, la construcción de los grupos no puede ser una construcción *ex ni-*

hilo. Tiene tantas más posibilidades de éxito cuanto más fundada está en la realidad: es decir, como ya dije, en las afinidades objetivas entre las personas que se trata de juntar. El efecto de teoría es tanto más poderoso cuanto más adecuada es la teoría. El poder simbólico es un poder de hacer cosas con palabras. Sólo si es verdadera, es decir adecuada a las cosas, la descripción hace las cosas. En este sentido, el poder simbólico es un poder de consagración o de revelación, un poder de consagrar o de revelar las cosas que ya existen. ¿Es decir que no hace nada? En realidad, como una constelación que, según Nelson Goodman, comienza a existir solamente cuando es seleccionada y designada como tal, un grupo, clase, sexo (*gender*), región, nación, no comienza a existir como tal, para aquellos que forman parte de él y para los otros, sino cuando es distinguido, según un principio cualquiera, de los otros grupos, es decir a través del conocimiento y del reconocimiento.

Se comprende mejor así, espero, la apuesta de la lucha a propósito de la existencia o de la no existencia de las clases. La lucha de las clasificaciones es una dimensión fundamental de la lucha de clases. El poder una visión de las divisiones, es decir el poder de hacer visibles, explícitas, las divisiones sociales implícitas, es el poder político por excelencia: es el poder de hacer grupos, de manipular la estructura objetiva de la sociedad. Como en el caso de las constelaciones, el poder performativo de designación, de nominación, hace existir en estado instituido, constituido, es decir en tanto que *corporate body*, cuerpo constituido, en tanto que *corporatio*, como decían los canonistas medievales estudiados por Kantorovicz, lo que no existía hasta allí sino como *collectio personarum plurium*, colección de personas múltiples, serie puramente aditiva de individuos simplemente yuxtapuestos.

Aquí, si tenemos en mente el problema principal que he tratado de resolver hoy, el de saber cómo se pueden hacer las cosas, es decir los grupos, con las palabras, nos encontramos con una última cuestión, la cuestión del misterio del ministerio, el *mysterium del ministerium*, como gustaban decir los canonistas: ¿Cómo el portavoz se encuentra investido del pleno poder de actuar y de hablar en nombre del grupo que produce por la magia del eslogan, la palabra de orden, el orden y por su sola existencia en tanto que encarnación del grupo? Como el rey de las sociedades arcaicas, *Rex*, que, según Benveniste, está encargado de *regere fines* y de *regere sacra*, de trazar y de decir las fronteras entre los grupos y, por ahí, de hacerlas existir como tales, el jefe de un sindicato o de un partido, el funcionario o el experto investidos de una autoridad estatal, son otras tantas personificaciones de una ficción social a la cual dan existencia, en y por su ser mismo, y de la cual reciben de vuelta su poder. El portavoz es el sustituto del grupo que existe solamente a través de esta delegación y que actúa y habla a través de él. Es el grupo hecho hombre. Como dicen los canonistas: *status*, la posición, es *magistratus*, el magistrado que la ocupa;

o, como decía Luis XIV: "El Estado soy yo"; o también, según Robespierre: "Yo soy el pueblo". La clase (o el pueblo, o la nación, o toda otra realidad social de otro modo inasible) existe si existen personas que pueden decir que ellas son la clase, por el solo hecho de hablar públicamente, oficialmente, en su lugar, y de ser reconocidas como con derecho para hacerlo por personas que se reconocen allí como miembros de la clase, del pueblo, de la nación, o de toda otra realidad social que puede inventar o imponer una construcción del mundo realista.

Espero haberlos convencido, en los límites de mis capacidades lingüísticas, de que la complejidad está en la realidad social y no en una voluntad, un poco decadente, de decir de cosas complicadas. "Lo simple, decía Bachelard, no es nunca sino lo simplificado". Y demostraba que la ciencia nunca progresó sino al cuestionar las ideas simples. Parecido cuestionamiento se impone de manera muy particular, me parece, en las ciencias sociales, por el hecho de que, por todas las razones que dije, tenemos tendencia a satisfacernos demasiado fácilmente con las evidencias que nos ofrece nuestra experiencia del sentido común o la familiaridad con una tradición erudita.